

Título original: *La nostalgie. Quand donc est-on chez soi?*  
Traducción de Alicia Martorell Linares

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Éditions Autrement, Paris, 2013  
© de la traducción: Alicia Martorell Linares, 2022  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-613-0  
Depósito legal: M. 27.817-2021  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Nota de traducción sobre la bibliografía y las citas
- 13 Sobre la hospitalidad corsa
- 27 Ulises y el día del retorno
- 57 Eneas: de la nostalgia al exilio
- 77 Arendt: la lengua como patria
  
- 113 Notas



## Nota de traducción sobre la bibliografía y las citas

Para las citas hemos utilizado en la mayor parte de los casos las ediciones que se indican en nota, aunque a veces nos hemos tomado la libertad de adaptarlas a la interpretación de la autora. En las obras de las que no existe traducción española, hemos traducido las citas directamente, después de haber consultado el original, o bien traducciones a otros idiomas cuando el francés no era el idioma original. Finalmente, en un reducido número de casos, no hemos podido consultar la traducción española, de modo que la traducción es nuestra, pero hemos indicado no obstante la referencia bibliográfica. Los números de página que se indican son los del ejemplar que ha manejado la autora.

Quiero dar las gracias a Vicente Fernández y Eduardo Knörr por su ayuda con los textos griegos y alemanes, respectivamente.



*Estando, como estoy, con un pie en un país y otro pie en otro, considero mi condición muy afortunada, porque es libre.*

René Descartes, *Carta a Cristina de Suecia*, julio de 1648



# Sobre la hospitalidad corsa

*La encontramos. ¿Qué? La eternidad.  
El mar que se fue en pos del sol.*

Arthur Rimbaud





Una isla es mi casa, pero no es mi casa

Es como si volviera a casa, pero no es mi casa. Quizá porque no hay nada que sea mi casa. O, en realidad, porque precisamente cuando no estoy en casa tengo la sensación de estar en casa, en algún lugar que es como mi casa. ¿Cuándo hemos llegado a casa?

Bajo del avión, voy al aparcamiento, me indican dónde está el Peugeot blanco, intemporal, que conserva su matrícula parisina con el 75 y que se conduce como si fuera un camión. Tomo la carretera, en verano prefiero la que pasa por la laguna, por las frutas y verduras, los limones enormes, los melones, sandías, albaricoques, ya hay higos, los tomates corazón de buey, las berenjenas marmoladas de malva, los calabacines pequeños y firmes. Los túneles, las rotondas y los badenes, y todas las curvas, una por una. Muchas curvas,

pero están impresas en mis manos a pesar de mi atención distraída, o quizá ya estén incorporadas al volante. Tras el olor de los tubos de escape, las estaciones traen un olor a garriga («ese soplo imperceptible de pino, ese toque de artemisa...» dice el prisionero corso en *Astérix*<sup>1</sup>, antes de tirarse al agua) de mimosa, de adelfa, de fogatas, de mar. Veo cómo va avanzando la zona industrial, las casas nuevas o restauradas, pocos cambios desde que tomamos la carretera que va al cabo. Como un caballo vuelve a la cuadra, yo vuelvo a casa.

Quiero partir de esta experiencia: del sentimiento que puedo llamar en mi interior nostalgia irrefrenable que siento cada vez que «vuelvo» a Córcega. Es un sentimiento fuerte, extraño, porque no tengo antepasados en esta isla, porque no he nacido aquí ni he pasado aquí la infancia o la adolescencia. No soy corsa, he nacido en París, allí vivo y allí trabajo, allí he criado a mis hijos, en una casa llena de encanto, pero un poco oscura, en pleno centro, tengo el acento puntia-gudo de una *pizutu*, una del continente. ¿Cómo puedo tener esa sensación tan fuerte de haber vuelto a casa? ¿Cómo me puede pesar hasta tal punto estar siempre lejos, demasiado lejos? «Vienes a beber en la fuente», me suelen decir en el pueblo cuando llego. Es una expresión muy rara. ¿De qué fuente están hablando?

No estoy en casa y, sin embargo, estoy en casa. De la misma forma que el Evangelio dice «Los que disfrutaban de este mundo, como si no lo disfrutasen» (Corin-

tios I, 7, 31), estoy en casa sin estarlo, «como» si no estuviera. Y, como no tengo raíces, la desarraigada que me gusta ser y que espero seguir siendo (mi madre era de origen judío húngaro recalada en Trieste y en la Italia irredenta y la familia de mi padre procede de piratas berberiscos que acabaron siendo banqueros del papa en el Condado Venesino) se encuentra allí «como» en su casa.

He querido reflexionar/fantasear con la nostalgia, evidentemente porque me gustan Homero, Ulises, el griego, el Mediterráneo. Pero también, y esto es lo más raro, porque estoy atada a Córcega, al horizonte de una casa, una aldea, un cabo, en una isla que no es la mía porque, como mínimo, no he nacido en ella. «Nostalgia» es la palabra que me viene naturalmente a la cabeza cuando lo pienso. Y, como el propio «Homero», la «nostalgia» no siempre es lo que creemos que es. De la misma forma que Homero tampoco es el poeta original, un hombre solo que hubiera escrito la *Iliada* y la *Odisea* tal y como las conocemos<sup>2</sup>, la nostalgia no es simplemente añoranza de una tierra y deseo de volver a casa. Este sentimiento dulce que te invade, como los orígenes, es una ficción voluntariamente elegida que no deja de dar indicios para que la tomemos por lo que es, una ficción adorable, humana, un hecho cultural. La mejor manera de volver a la patria, en una *Odisea* transformada por el sentimiento moderno, ¿será aquella que no es la propia?

La patria, como la lengua, «no nos pertenece»<sup>3</sup>.

Quisiera partir de una experiencia muy personal, demasiado personal.

Mi marido murió de las consecuencias de una larga y breve enfermedad, que acogimos dulcemente en nuestro retiro del pueblo y en el espacio de la casa construida por nosotros y para nosotros.

Entre los derechos exorbitantes de que goza Córcega, este extraño territorio que no ha dejado de ser napoleónico, además de las herencias y el precio del tabaco, tenemos el privilegio de poder enterrar en casa, si las autoridades lo autorizan.

En este pueblo y en esta casa, en una terraza desde la que se ve el tejado, el puerto y el mar, está enterrado mi marido. Hay una piedra con su nombre, sus fechas de nacimiento y de muerte, grabadas por amigos que fueron en barco a buscarla a una cala; nos sentamos en banco de madera de deriva hecho por nosotros. Y justo al lado está mi propia tumba, que todavía suena a *hueco* en una tierra que no nos pertenece, que es nuestra y que no lo es.

El día de su muerte, previsible pero incierto («Está tan cansado, no lo mire así, deje que se vaya», me dijo la doctora aquella mañana), la tumba no estaba terminada. Aquel día, dos personas me llamaron para decirme que podía usar sus tumbas familiares: «La hospitalidad corsa también es eso».

Somos huéspedes, *hospites*. Después de todo soy francesa, mi documento de identidad lo dice, y Córcega está en Francia, así que simplemente estoy en mi país, estoy en casa. Sin embargo, me en-

cuentro como en casa solo porque soy *hospes*. Otros tienen raíces aquí, más raíces que yo, así que me acogen. Al no haber recibido tierras de mis padres, cosa que les agradezco, estoy gozando de una que no es mía, no del todo, aunque sea su propietaria legal. Porque es una cuestión de reciprocidad. Un huésped: la misma palabra que designa al que hospeda y al hospedado. Estamos frente a un hallazgo inmemorial, la civilización misma. Sin duda habría que añadir que, en griego, *xenos* designa al *hospes* en sus dos sentidos, pero también quiere decir «el extranjero», el que necesita ser «hospedado» por excelencia, mientras que en latín *hostis* designa también al «enemigo», es decir, confianza-desconfianza. Por encima de la casa se puede ver desde el mar la torre Séneca, donde parece que escribió *De Consolatione*.

Así que, estemos muertos o vivos, el pueblo nos «hospeda». Pero también nos hospeda el mundo, en un cosmos auténticamente griego que se despliega por este horizonte tan propio de las islas. «La encontramos. ¿Qué? La eternidad. El mar que se fue en pos del sol», decía lúcidamente Rimbaud (son las palabras que salieron espontáneamente de mis labios para dar las gracias a todos aquellos que, conocidos y a veces desconocidos, deber de aflicción, vinieron a recibir bajo el calor de un mediodía de junio la crudeza tambaleante del coche fúnebre).

La realidad de una isla. Una isla es real de forma muy precisa. Vemos sus orillas desde el barco o el

avión. Y desde una isla el horizonte marino se curva, al ponerse el sol la tierra es redonda. Sabemos, en medio del agua, que hay una orilla, límite entre el dentro y el fuera, que la isla es finita. Una isla es, por excelencia, una entidad, una identidad, algo, con un contorno, *eidos*, emerge como una idea.

En su finitud, una isla es un punto de vista sobre el mundo. Una isla está sumergida en el cosmos, cósmico y cosmológico, con el cielo estrellado sobre nuestras cabezas y la inmensidad al frente, sensible a la mirada. En Grecia, en Córcega, experimento constantemente el *kosmos*, el «mundo» de los griegos: «Orden y belleza», dice Baudelaire. En cada curva del camino, a cada paso, el mundo se recompone y se reorganiza. Lo que ve el ojo se incorpora instantáneamente a una estructura, el ojo queda atrapado por la armonía, con un asombro nuevo cada vez. Entre cosmología y cosmética, inmenso y limitado, el horizonte crea de nuevo el orden. Una isla es por excelencia un lugar.

La nostalgia de una isla. Una isla es, al mismo tiempo, como lugar, un lugar muy singular, un lugar que invita a partir: de una isla solo nos podemos marchar «Oh Muerte, viejo capitán». Y queremos, debemos volver. Determina y atrae como un imán. Permite creer que el tiempo se curva como el horizonte, que volveremos después de un periplo completo, un ciclo, una odisea.

¿Será realmente allí a donde volvemos? ¿Alguna vez podremos quedarnos?